

El rico insensato

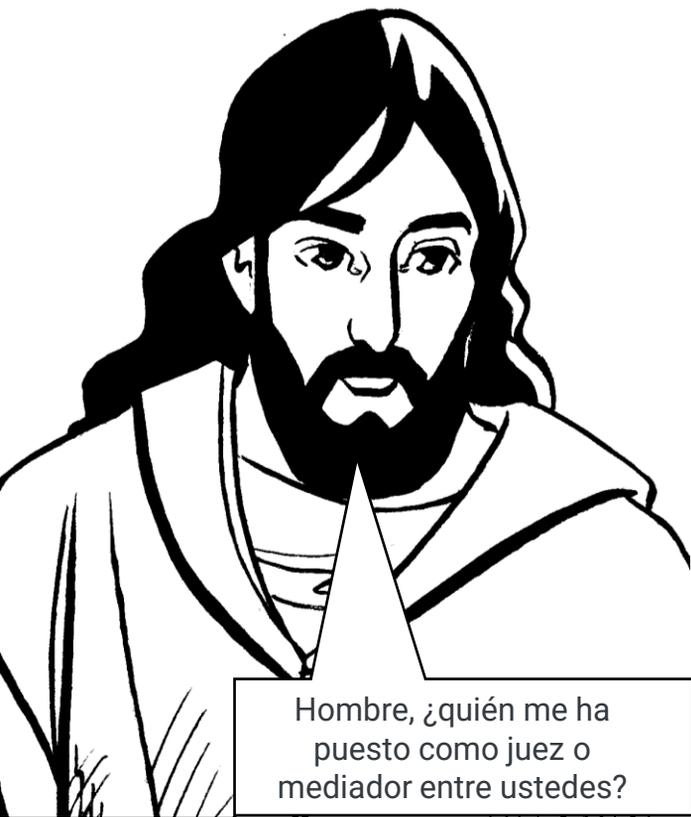


Al principio del capítulo 12 de Lucas, Jesús está enseñando a Sus discípulos rodeado por una multitud de varios miles de personas. En cierto momento, uno de los que están más cerca se dirige a Él.

Uno de la multitud le dijo: «Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia». (Lucas 12:13)

No habría sido inusual que alguien le pidiera a un maestro (el término usado en el Evangelio de Lucas, sinónimo de rabí) que actuara como mediador en una disputa legal de ese tipo. Los rabinos eran expertos en las leyes de Moisés y se pasaban gran parte del tiempo emitiendo dictámenes en esa clase de asuntos. En este caso, quizás el padre había muerto sin haber dejado testamento, ni escrito ni oral, lo cual había dado lugar a un conflicto entre los dos hermanos. Cabe suponer que el que se dirigió a Jesús fue el menor, ya que la herencia familiar, que probablemente incluía tierras, no se podía dividir sin el consentimiento del hermano mayor. Muy posiblemente este prefería que la propiedad o la finca no se dividiera y que ambos hermanos vivieran juntos en ella, una práctica que era habitual. No obstante, el presunto hermano menor no está satisfecho con el arreglo y prácticamente le exige a Jesús que le diga a su hermano que le dé una parte de la herencia.





Pero Jesús le dijo: «Hombre, ¿quién me ha puesto como juez o mediador entre ustedes?» (Lucas 12:14)

El hermano menor no busca arbitraje, no le pide a Jesús que haga de mediador entre su hermano y él. No desea reconciliarse con su hermano y restablecer la relación con él. Lo que le pide a Jesús es que se ponga de su parte y le mande a su hermano que divida la herencia. En cierto modo, pretende aprovechar la influencia que

siente que tiene Jesús como rabino o maestro para presionar a su hermano. Lo más probable es que Jesús prefiriera que los dos hermanos hicieran las paces en vez de dividir la herencia, que se acordaran de la sabia observación del Salmo 133:1:

¡Qué bueno es, y qué agradable, que los hermanos convivan en armonía!

A continuación, Jesús dice:

Manténganse atentos y cúdense de toda avaricia, porque la vida del hombre no depende de los muchos bienes que posea. (Lucas 12:15)

Seguidamente Jesús cuenta la parábola del rico insensato. Para entenderla bien, conviene tener presente que la Escritura enseña que todo fue creado por Dios y en última instancia todo le pertenece, y nosotros somos administradores de lo que Él nos ha confiado. Como dice en el Salmo 24:1:

¡Del Señor son la tierra y su plenitud! ¡Del Señor es el mundo y sus habitantes!

Un hombre rico tenía un terreno que le produjo una buena cosecha. Y este hombre se puso a pensar: «¿Qué voy a hacer? ¡No tengo dónde guardar mi cosecha!» Entonces dijo: «¡Ya sé lo que haré! Derribaré mis graneros, construiré otros más grandes, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes.» (Lucas 12:16-18)



Resulta que el hombre ya era rico, y encima sus campos produjeron una cosecha muy abundante. Seguramente había sido uno de esos años en que se da el equilibrio perfecto de sol y lluvia. No dice que hubiera trabajado más para esa cosecha que para otras anteriores, pero por algún motivo ese año hay un tremendo excedente, tan grande que no cabe todo en sus graneros.



Ese hombre rico e inmoderado, que ya tiene más que suficiente, decide almacenar su cosecha en graneros nuevos más grandes, con la idea de que así tendrá la vida resuelta por muchos años. Dice para sus adentros:



«Ya puede descansar mi alma, pues ahora tengo guardados muchos bienes para muchos años. Ahora, pues, ¡a comer, a beber y a disfrutar!» (Lucas 12:19)

Jesús lo llama necio.

Pero Dios le dijo: «Necio, esta noche vienen a quitarte la vida; ¿y para

quién será lo que has guardado?» (Lucas 12:20)

El hombre rico no tiene en cuenta que es Dios quien le ha dado prosperidad y abundancia. Tampoco se acuerda de que fue Dios quien le dio la vida.

La expresión griega con la que se dice «esta noche vienen a quitarte la vida» contiene la misma terminología que se emplea cuando se habla de devolver un préstamo. Al igual que un préstamo vencido, la vida del hombre llega a su fin, con lo que se evidencia lo absurdos y ridículos que eran sus planes. Sus posesiones no le brindaron ninguna seguridad auténtica.

Como dice un viejo refrán, no te lo puedes llevar. Al morir, uno deja atrás todas las riquezas materiales, las cuales pierden todo valor para el que las poseía. Jesús expresa esto sucintamente en la parábola y termina diciendo:

Eso le sucede a quien acumula riquezas para sí mismo, pero no es rico para con Dios. (Lucas 12:21)

El que amontona tesoros para sí es como el rico insensato. ¿En qué sentido? ¿Se le llama insensato porque es rico? No. El propósito de la parábola no es condenar las riquezas, sino el uso indebido de las mismas y la actitud de no tener en cuenta a Dios. El rico insensato vio la



bendición de la cosecha abundante como un medio de costearse placeres y asegurarse el futuro. Solo pensó en sí mismo, en su porvenir y su propio deleite. No se le ocurrió que quizá Dios le había dado prosperidad con algún otro fin que satisfacer sus deseos, por ejemplo para ayudar a los pobres y necesitados.



La conclusión de la parábola habla de ser rico para con Dios. ¿Qué significa eso? En los versículos siguientes Jesús habla de confiarle a Dios nuestra vida y la provisión de lo que necesitamos. Dice que si Dios alimenta a los cuervos, que no tienen almacenes ni graneros, y si viste a los lirios del campo, también cuidará de nosotros. Dice que debemos poner nuestra confianza en Dios y buscar Su reino, y que Él se encargará de nosotros.

Todos necesitamos recursos para vivir. Ahorrar dinero para el futuro si se puede es una medida prudente. Poseer bienes materiales o dinero en abundancia no es intrínsecamente malo. Las riquezas no son malas en sí mismas. El problema no eran las riquezas del hombre, sino que su corazón estaba donde su tesoro, donde sus riquezas, en vez de estar con Dios.

Y ¿qué de nosotros? ¿Reconocemos que todo lo que poseemos le pertenece en realidad a Dios? Y si es así, ¿Le damos las gracias y lo alabamos por lo que nos ha dado? Cuando nos bendice, ¿bendecimos a los que padecen necesidad?

Aprendamos todos a incluir a Dios en cada aspecto de nuestra vida, sin exceptuar la administración del dinero y de los bienes materiales

con los que nos ha bendecido. Busquemos Su orientación para saber cómo usar las bendiciones que nos ha concedido, y reflejemos Su naturaleza y personalidad en el empleo de nuestros bienes materiales, así como en nuestra vida y servicio. Seamos todos ricos para con Dios.